

MISION NACIONAL DE LA UNIVERSIDAD *

Dr. HECTOR CORVALAN LIMA
Vicerrector de la Universidad
de Mendoza

I — *La Universidad y la Sociedad Nacional.*

- 1 La misión de la universidad en la sociedad.
- 2 La misión del universitario en la sociedad.
- 3 La universidad y las instituciones religiosas, militares, gremiales, empresarias y demás sectores sociales.
- 4 La universidad y la democracia.
- 5 La universidad y el planeamiento nacional.
- 6 La universidad y los intereses estratégicos nacionales.
- 7 La universidad y el desarrollo nacional.

II — *La Universidad en América Latina.*

- 1 La unidad cultural latinoamericana y el atesoramiento de sus diferencias.
- 2 La creación de la Universidad Latinoamericana y la universidad en el proceso de desarrollo de nuestros pueblos.

Señor Presidente del Consejo de Rectores y de este Congreso, Licenciado Francisco José Piñón, señor Ministro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, Dr. Pedro J. Frías, autoridades políticas y eclesiásticas, señores Rectores, señores Académicos, señoras y señores:

Al levantar mi voz hoy en este, por muchos motivos, ilustrado foro, lo hago, como diría Vázquez de Mella, sumergiéndome en el espíritu nacional de mi patria; sintiéndome una gota de la onda de ese río; sintiendo la solidaridad no sólo con los que son, sino con los que fueron, y por eso la siento con los que vendrán. Con esta disposi-

* Conferencia Magistral pronunciada, por encargo del Consejo de Rectores, en el Cuarto Congreso Nacional de Universidades Privadas de la República Argentina sobre "MISION DE LA UNIVERSIDAD", llevado a cabo en el Teatro Nacional Cervantes de Buenos Aires los días 15, 16 y 17 de octubre de 1979.

ción espiritual y en el excelente clima moral que envuelve a este Congreso os hablaré sobre la universidad en la sociedad nacional y en América Latina.

I — 1 .*La misión de la universidad en la sociedad.*

La universidad es el ciclo superior de la enseñanza, en ella se forman los cuadros de investigadores, profesionales, técnicos y profesores que influyen de manera decisiva en la vida de una comunidad. Su incidencia, y consecuentemente su responsabilidad, es muy grande en relación a la sociedad donde estas instituciones culturales cumplen su papel.

De la correcta orientación de los estudios y las investigaciones que allí se realizan, depende en buena medida la orientación final de la comunidad en su conjunto. Y a la inversa, en sus claustros se proyectan los signos más salientes de la comunidad. Existe, pues, una interacción entre la universidad y la comunidad, de modo que una sirve a la otra en la medida de los requerimientos de la segunda y a su vez, la sociedad es la que imprime un sello indeleble a esta forma superior de la cultura que es la universidad.

Por ello la universidad no es ni debe ser una isla, sino una parte insustituible del todo comunitario, una parte importante de la conciencia nacional. Por esa misma razón, la universidad puede ser un organismo vivo que tenga relación directa con la sociedad o un ente vaciado de realidades y ajeno al mundo circundante.

En todos los países y desde que las universidades existen como tales, ellas han participado de la evolución histórica de la sociedad, es decir acompañan y se desarrollan en su evolución en forma paralela a las comunidades donde éstas existen. Investigan y enseñan para satisfacer necesidades reales de cultura y tecnología de una comunidad determinada. No trabajan para sí, sino para la sociedad. Son el reflejo y el instrumento de la evolución del país.

Esta definición puede parecer pueril, pero en la Argentina desde bastante tiempo atrás la universidad se ha ido transformando en un fin en sí misma, ajena por cierto a los intereses vitales del conglomerado que la alimenta. Baste por ejemplo mencionar una corriente "cientificista" muy extendida, que sostiene que la universidad cumple con su misión en tanto hace y haga ciencia. Es verdad que la ciencia es universal y abstracta, sus leyes y principios son válidos para cualquier país del mundo. Lo que no es cierto es que la universidad para ser tal debe ignorar los fines sociales que la comunidad a la que pertenece se ha propuesto lograr. Antes bien, su principal esfuerzo debe

estar dirigido a dar apoyo humanístico, tecnológico y científico a las ansias de transformación de los más vastos sectores de la sociedad argentina.

Las verdades universales expresadas por la ciencia serán tanto más verdades, si son utilizadas para explicar los fenómenos que rodean a la universidad como lugar de asiento natural de los principales centros y equipos de investigación y reflexión con que cuenta una comunidad. Principio éste válido no sólo para los más avanzados cambios tecnológicos, sino también para las disciplinas humanísticas que se ocupan del hacer y del pensar humano.

Puede por esto afirmarse con total seguridad, que no podrá comprenderse el problema universitario y consecuentemente la misión de la universidad si no se la estudia en sus interrelaciones con el conjunto de factores económicos y sociales y si no se la sigue a través de la propia evolución histórica.

No está tan atrás aquella etapa en la cual tras mediocres objetivos nacionales y dada nuestra condición de país simple productor de materia prima, se necesitaba una universidad que sólo produjera médicos, abogados y algunos ingenieros en construcción.

La universidad estuvo subordinada a las características generales de una comunidad subdesarrollada, donde alrededor de la ciudad-puerto se agrupaban las más grandes casas de estudio y donde las carreras principales se repartían entre las de abogacía, ciencias económicas, filosofía, y sólo algunos pocos cursos de ingeniería, química, agronomía y veterinaria. Sólo un quinto de la totalidad de los estudiantes elegían carreras destinadas a servir de palanca para la construcción de una gran nación, base insustituible del bienestar de todos y cada uno de sus habitantes.

En síntesis, la universidad para cumplir un rol ajustado a la realidad en la que se desenvuelve, con sus características específicas, debe responder a un programa más general que es el de la transformación e integración del país. Tanto como que el propio país es quien debe lanzarse a sus posibilidades y teniendo como meta una nación poderosa y justa. En este vasto programa de transformación la universidad habrá de encontrar su propio destino, esto es: ser instrumento científico y cultural para el necesario despegue.

I — 2. *La misión del universitario en la sociedad.*

En tanto se sostiene que la universidad debe cumplir su misión ajustando sus fines a los objetivos propuestos para la comunidad a la que pertenece, el rol del universitario se define por sí mismo.

Los universitarios deben concebir la universidad en función de los fines nacionales.

Va de suyo que nada tiene que ver esto con la política de partidos facciones y menos aún con estériles debates ideológicos. Antes bien los universitarios serán tales, en tanto y en cuanto participen de la elaboración de las soluciones de los problemas de la Nación.

El universitario tiene que estar en estrecho contacto con la sociedad de la cual es parte y debe reunirse en la consecución de una política común a toda la Nación.

I— 3. *La universidad y las instituciones religiosas, militares, gremiales, empresarias y demás sectores sociales.*

Es cierto que por la particular función que cumple la universidad, ella es en principio un asunto que interesa y debe ser resuelto por universitarios, profesores, estudiantes y egresados.

Pero en todo caso, debe estar pronta a recibir los aportes de los demás sectores que integran la comunidad. Sensible a las inquietudes y necesidades de las instituciones religiosas, militares, gremiales, empresarias, etc.

A estos sectores son los que la universidad debe aportar soluciones prácticas para sus problemas. Sus estudiantes y profesores deben orientarse a realizar los estudios y las investigaciones que demandan la satisfacción de los requerimientos comunitarios, expresados muchas veces en las demandas sectoriales, en condiciones de idoneidad técnico-científica.

La universidad, debe ser una organización dedicada al estudio y a las soluciones de las aspiraciones de transformación de la República. Debe ser su mejor y más pulido mecanismo de transferencia de conocimiento de los principios universales de la ciencia y de la tecnología a los problemas reales que ofrece la comunidad argentina.

Debe la universidad preparar a los técnicos, profesionales, investigadores aptos para ejecutar los cambios que el país reclama. En este sentido la universidad en relación a los demás sectores sociales, puede cumplir de manera inapreciable el papel de ser uno de los elementos más importantes para echar las bases de la integración nacional.

Sirva como ejemplo, todo el aporte que los técnicos en minería y combustible podrían dar en relación a una política energética de expansión, en tanto es una actividad productiva que interesa a empresarios y militares, en cuanto supone un esfuerzo de inversión de magnitud y a su turno, un elemento ligado a la seguridad nacional.

Pero es necesario en este orden señalar que debe existir de una vez por todas, una política nacional apuntada en ese sentido. Tiene que haber una decisión para promover esas actividades. En caso contrario, la alternativa es la tan gravosa pérdida que significa la emigración de nuestros profesionales, técnicos y científicos, a lugares donde son mejor remunerados, donde tienen más posibilidad de ejercitar sus conocimientos. En definitiva, donde son bien utilizados. En esta materia el país está en deuda con la universidad.

I — 4. *La universidad y la democracia.*

La democracia como sistema político de una comunidad, parece ser la forma más civilizada que ha encontrado y la más acorde para ejercitar los derechos de las personas. La meta de la democracia sigue siendo el objetivo de la comunidad nacional argentina y en el camino de conseguirla la universidad tiene un importante papel que cumplir, en tanto que en sus claustros es donde se anida la búsqueda de la verdad. No es una verdad abstracta sino una verdad para resolver los problemas urgentes de la comunidad nacional y en consecuencia en ella debe reinar la libertad, condición sine qua non para encontrar el camino cierto. De este modo, los futuros dirigentes de la comunidad se ejercitarán en el libre juego de las opiniones y en la satisfacción de saber que están siendo útiles a la sociedad a la que pertenecen.

Tanto la tarea de retransmisión de los principios científicos universales, como la tarea de investigación, o el enriquecimiento con nuevas tecnologías y la creación en las disciplinas humanísticas, exigen como punto de partida la libertad de opinión y como meta la verdad. Esto es en esencia la democracia que debe reinar en la universidad y en todo caso, nunca puede ser confundida con la democracia formal y electoralista que perturba la tarea académica en sus dos extremos: del que enseña y del que aprende.

Esta es por el contrario una democracia operativa, base de lanzamiento de un esfuerzo transformador de la totalidad de la comunidad en su conjunto. Este carácter común de las ideas y aspiraciones de los individuos es lo que permite que de allí brote y se mantenga en sólida vigencia, una verdadera nacionalidad. Sobre esto Pablo VI decía con razón que “la doble aspiración hacia la igualdad y la participación trata de promover un tipo de sociedad democrática. Diversos modelos han sido propuestos; algunos de ellos han sido ya experimentados; ninguno satisface completamente, y la búsqueda queda abierta entre las tendencias ideológicas y pragmáticas. El cristiano tiene la obligación de participar en esta búsqueda, al igual que en la organización y en la vida políticas. El hombre, ser social, construye su destino a

través de una serie de agrupaciones particulares que requieren, para su perfeccionamiento y como condición necesaria para su desarrollo, una sociedad más vasta, de carácter universal, la sociedad política. Toda actividad particular debe colocarse en esta sociedad ampliada, y adquiere con ello la dimensión del bien común. Esto indica la importancia de la educación para la vida en sociedad, donde, además de la información sobre los derechos de cada uno, sea recordado su necesario correlativo: el reconocimiento de los deberes de cada uno de cara a los demás; el sentido y la práctica del deber están mutuamente condicionados por el dominio de sí, la aceptación de las responsabilidades y de los límites puestos al ejercicio de la libertad del individuo o del grupo.

La acción política —¿es necesario subrayar que se trata aquí ante todo de una acción y no de una ideología?— debe estar apoyada en un proyecto de sociedad coherente en sus medios concretos y en su aspiración, que se alimenta de una concepción plenaria de la vocación del hombre y de sus diferentes expresiones sociales. No pertenece ni al Estado, ni siquiera a los partidos políticos que se cerraran sobre sí mismos, el tratar de imponer una ideología por medios que desembocarían en la dictadura de los espíritus, la peor de todas. Toca a los grupos establecidos por vínculos culturales y religiosos —dentro de la libertad que a sus miembros corresponde— desarrollar en el cuerpo social, de manera desinteresada y por su propio camino, estas convicciones últimas sobre la naturaleza, el origen y el fin del hombre y de la sociedad.

En este campo conviene recordar el principio proclamado por el Concilio Vaticano II: “La verdad no se impone más que por la fuerza de la verdad misma, que penetra el espíritu con tanta dulzura como potencia”.

I — 5. *La universidad y el planeamiento nacional.*

El país aspira como plan general a la gran producción, política que habrá de realizarse tarde o temprano ajustando los esfuerzos a un riguroso plan de actividades. Y allí los egresados de las universidades así como los planes de estudios tendrán que ajustarse a aplicar técnicas científicas, elaboradas y asimiladas en el campo de nuestra industria, nuestra minería y nuestra agricultura.

Las universidades argentinas, deben ser técnicas por cuanto el adelanto técnico es más fácil de alcanzar, es inmediatamente más productivo y es la base del adelanto científico.

Esto no significa de manera alguna el abandono de las disciplinas

humanísticas, por el contrario ellas deben recibir el enriquecimiento de nuestra propia tradición cultural donde si bien es cierto, por ejemplo en la literatura, es importante conocer al dedillo el mensaje de los clásicos, es necesario conocer de igual modo y calidad, la rica serie de autores nacionales, algunas de cuyas figuras tienen hoy proyección universal.

Cuando la investigación se hace más técnica, requiere más aporte científico y en tanto se hace más universal, cumple el doble papel de satisfacer necesidades reales y enriquecer el patrimonio cultural de su pueblo y aun el patrimonio cultural del mundo. Y no se vea en esto ninguna contradicción con la naturaleza espiritual de la tarea académica que se desarrolla en las universidades.

No hay ninguna contradicción en dar prioridad a la técnica y disciplinas intermedias, primero porque debemos acercar la solución al proceso en su nivel real, no ideal. Segundo porque la manera de tener rápidamente auténticos centros de investigación, es adoptando con energía la promoción de técnicos imbuidos del espíritu del país y dispuestos a trabajar en la solución práctica de los miles de problemas que afectan a nuestra producción en todas sus manifestaciones, pero que pueden resumirse en la necesidad básica de la comunidad argentina de ser una sólida y próspera nación industrial y al mismo tiempo una potencia agraria.

Si cambiamos las palabras por los hechos y creamos la siderurgia, las fuentes de energía, la producción de combustible, los caminos, las comunicaciones, si nuestros hombres y mujeres defienden la institución familiar, la cultura de sus antepasados, la religión de sus padres y los grandes principios de paz y justicia que inspiran a nuestra magnífica historia y todo ello se estudia, se pule y se investiga, la universidad habrá colaborado para echar las bases imprescindibles en defensa de los más entrañables elementos espirituales de nuestra nacionalidad.

En este sentido, las universidades deben ajustar su cometido a las prioridades nacionales, para que lo que hoy son apenas objetivos, legítimas aspiraciones, se transformen en glorias realizadas.

I — 6. *La universidad y los intereses estratégicos nacionales.*

En la segunda mitad del siglo XX la estrategia central que corresponde a los países ubicados en el área subdesarrollada es la de preservar su identidad nacional, puesta en grave riesgo tanto por el acelerado ritmo de las transformaciones, como por la de enardecidas discusiones ideológicas ajenas al interés de cada una de estas comunidades. Por esto si la universidad pretende servir a los intereses de la comunidad

a la que pertenece debe tener en su plan de estudio, el rigor académico como para entrelazar su actividad específica con el interés del todo que como categoría histórica se expresa en la forma política de la Nación.

Y la Nación es algo más que un agregado de individuos que coexisten en un momento determinado. La Nación no la forman tan sólo los organismos vivientes en estos momentos: entran en ella como elementos fundamentales la Historia y la Tradición. Más que un todo simultáneo —decía Vázquez de Mella— es una especie de todo sucesivo formado por los siglos, por las generaciones unificadas por un mismo espíritu, producido por una misma y poderosa unidad de creencias. Es un todo armónico, fruto de generaciones que asociadas por ese espíritu común y esa unidad de creencias expresa la verdadera voluntad nacional.

Que es la voluntad de las generaciones que se han sucedido sobre el suelo de la Patria y que se manifiesta no por actos pasajeros y mudables, sino por hechos constantes de la Historia, que tienen su expresión exacta en las tradiciones fundamentales de un pueblo.

Los intereses estratégicos de la Nación, deben tener el soporte científico, técnico y humanístico que sólo puede darlo la universidad viva en un país que aspira a conservar, enriquecer y proyectar su personalidad como pueblo.

I — 7. *La universidad y el desarrollo nacional.*

La Argentina que se está transformando, sufre simultáneamente un doble proceso de desintegración, a saber: en sus estructuras económicas porque depende de manera preponderante de su intercambio de productos del agro por productos industriales importados, mientras su industria liviana debe importar su materia prima, sus combustibles, sus equipos; ello ocurre también en las estructuras sociales, cuyo tejido fundamental muestra signos culturales, políticos y hasta morales que hablan de una profunda crisis.

El producto de nuestras exportaciones de granos y carne, ya no alcanza para comprar en el exterior todo lo que necesita el agro y la industria. Precisamente la integración económica, supone coordinar y promover la minería, el agro y la industria sobre la base de desarrollar la industria pesada que sirve de sustento a todas las actividades económicas de las sociedades modernas. Los elementos básicos de este impulso transformador por la provisión de energía barata y abundante, la creación de la siderurgia en todos sus ciclos dentro del territorio nacional. La explotación y exploración de nuestras fuentes de hidrocarburos e hidrocarbonos.

Pero la Argentina, también está desintegrada en relación a sus estructuras geoeconómicas. El 80 % de su potencial económico está concentrado en el Litoral vecino a Buenos Aires. Los ferrocarriles y otras vías de comunicación convergen todas a esta zona. Las provincias no están comunicadas entre sí, no tienen fuentes de energía y carecen de establecimientos fabriles para dar trabajo a una población que aunque crezca en forma vegetativa, emigra constantemente hacia el Litoral.

La Argentina aspira a ser una comunidad dinámica desde Jujuy a Tierra del Fuego, de la costa atlántica al pie de los Andes. La universidad en esa grandiosa tarea de modernización puede y debe cumplir un papel vital e insustituible. Ella debe ser el gran laboratorio de las soluciones prácticas, posibles y verdaderas. Sus estudios e investigaciones no pueden concentrarse sino en aquellas disciplinas que se refieren concretamente a la integración nacional. Sus estudios de economía, finanzas, ingeniería, física, química deben tener como objetivo prioritario proporcionar a los habitantes del país los datos e instrumentos necesarios para producir los cambios que todos aspiran; deben en sus aulas prepararse los técnicos e investigadores capaces de ayudar a la modernización del agro, a la creación de una industria pesada en los rubros de energía, acero y petroquímica. Deben producir aquellos niveles de profesionales capaces de enseñar a sembrar pasturas artificiales, mejorar la genética vegetal y animal, inmunizar los cultivos y el ganado contra las plagas, a incorporar y manejar equipos mecánicos y electrónicos para racionalizar las explotaciones y el comercio de esos productos. Preparar técnicos para realizar las tareas de las industrias extractivas del petróleo, el carbono, el hierro, utilizados en las acerías y talleres metalúrgicos, para hacer construir y hacer funcionar las usinas energéticas, para extender nuestra red caminera, para apoyar la industria de vehículos de transporte terrestre, fluvial, marítimo y aéreo, para ampliar nuestra red de comunicaciones. De nada sirve preparar ingenieros o físicos en navegación espacial, ingenieros agrónomos que no conocen nuestro campo y abogados que poco o nada saben de los problemas de nuestras empresas, economistas que estudian modelos ideales que nada tienen que ver con nuestra realidad económica, técnicos inaptos para programar nuestra producción y distribución de bienes y humanistas sin formación nacional.

Paralelamente, y con idéntica preocupación deben estimularse las creaciones culturales que expresen el más genuino espíritu de nuestro pueblo. La protección y el aliento a las actividades renovadoras debe acompañarse desde la universidad, quien cumplirá así un importante papel en la consolidación e identidad de la cultura nacional. Un país puesto en el camino del desarrollo, no puede darse el lujo de ignorar sus acuciantes necesidades espirituales y materiales, la universidad debe

acompañar, en síntesis, el esfuerzo por desplegar nuestras fuerzas productivas y nuestro talento nacional. “No hay duda de que, decía Juan XXIII, si en una nación los progresos de la ciencia, de la técnica, de la economía y de la prosperidad de los ciudadanos avanzan a la par, se da un paso gigantesco en cuanto se refiere a la cultura y a la civilización humana. Mas todos deben estar convencidos de que estos bienes no son los bienes supremos, sino solamente medios instrumentales para alcanzar estos últimos”. Esta es la filosofía que debe predicar y practicar nuestra universidad nacional.

II — 1 .*La unidad cultural latinoamericana y el atesoramiento de sus diferencias.*

En cuanto a la universidad en América Latina, a la unidad cultural latinoamericana y al atesoramiento de sus diferencias, el encuadre del tema exige en primer término una definición sobre las principales características de lo que acontece en el mundo de nuestros días.

Los más diversos fenómenos económicos, políticos y culturales se engarzan en una doble cadena que indica por un lado, que la humanidad inmersa en profundas y rápidas transformaciones marcha inexorablemente hacia su unidad y consecuentemente hacia formas superiores de civilización.

Por el otro, que este tenso proceso se cumple en el marco de la imposibilidad de una tercera guerra mundial como consecuencia de la concentración del poder bélico entre las dos principales potencias.

Quienes más rápido accedan a esos estadios serán aquellas comunidades que a través del desarrollo, preserven cuidadosamente su identidad nacional.

Identidad que se define por el idioma y un origen común, una religión, un territorio y la idea de un destino y un futuro que les pertenece.

Los países de América Latina no escapan a estas condiciones básicas del mundo moderno, antes bien: si algún dato común tuvieron al momento de la colonización, cada uno de ellos es en la actualidad celoso custodio de su propia soberanía. Cualquier proceso de transformación en algunas de nuestras naciones indica que lo hacen a título de país diferente y distinto de los demás. Es por esta razón que es difícil hablar de una unidad cultural latinoamericana, aun cuando la marcha de los acontecimientos indica que en un futuro aún lejano, esta región podrá ser identificada como una unidad, pero en el camino hacia esa meta general lo que interesa es en primer término consolidar e integrar cada una de sus partes.

Regionalizar América Latina en la actualidad, cuando todavía debe consolidarse en definitiva la personalidad de cada pueblo, es regionalizar y latinoamericanizar las indigencias, la ignorancia y la aculturación.

Las diferencias culturales existen, así como existen las diferencias de potencial económico y de grados de subdesarrollo. Pero esta situación habrá de superarse en relación directa con el fortalecimiento, crecimiento y expansión de cada una de las naciones que integran el subcontinente. El atesoramiento de las diferencias culturales de cada uno de estos pueblos importa en la medida de que son garantías de la preservación de la identidad intransferible de cada uno de ellos y, por otra parte, porque si algo tienen que aportar a la cultura universal es efectivamente sus particularidades específicas. Ellas son un venero destinado a enriquecer e incorporar formas nuevas y distintas al patrimonio común de todos los hombres. La universidad nacional de cada uno de los países de Latinoamérica, en tanto reservorio y fuente de la cultura nacional de sus propios pueblos será uno de los bastiones donde efectivamente se atesoren las diferencias de cada una de esas comunidades. Su misión no es encontrar fórmulas regionales válidas para todo el subcontinente, su función específica es acompañar la suerte del desenvolvimiento de sus respectivas comunidades nacionales y de este modo ser útil a la marcha hacia el mundo-uno compuestas en este caso por unidades sólidamente integradas.

Debe en primer lugar recrear una cultura para sí, para de este modo ir al encuentro de una auténtica cultura latinoamericana.

II — 2. *La creación de la Universidad Latinoamericana y la universidad en el proceso de desarrollo de nuestros pueblos.*

En lo referente a la creación de la universidad latinoamericana y la universidad en el proceso de desarrollo de nuestros pueblos, sólo diremos que en los próximos años, los países de la región habrán de retomar el camino del desarrollo nacional. El esfuerzo principal de estas comunidades estará signado por lograr en el más breve plazo el acceso a mejores niveles de vida y de cultura. La universidad, como el estadio más alto de la labor docente de investigación y de difusión de cultura, tendrá un papel insustituible a condición de que refleje, precisamente, la cultura distinta y particular de cada una de las naciones que se ubican en esta geografía del mundo.

En ese camino, deberán fortalecerse las universidades nacionales con respeto al principio de libertad de enseñanza y como garantía de difusores de las culturas nacionales. Y seguramente habrá de alentar el proceso de intercambio entre las diversas universidades locales, como paso previo a la creación de universidades regionales.

Crear ahora una universidad latinoamericana, podría significar un grave riesgo, toda vez que sería difusora de culturas regionales operando en la realidad como factor de disgregación nacional.

Ya al finalizar recordamos que Pablo VI nos decía que “el camino de la paz pasa por el desarrollo y si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, ¿quién no querrá trabajar con todas sus fuerzas para lograrlo?. A vosotros educadores —expresaba el gran Papa— os pertenece despertar desde la infancia el amor a los pueblos que se encuentran en la miseria. Publicistas, a vosotros corresponde poner ante nuestros ojos el esfuerzo realizado para promover la mutua ayuda entre los pueblos, así como también el espectáculo de las miserias que los hombres tienen tendencia a olvidar para tranquilizar sus conciencias; que los ricos sepan al menos que los pobres están a su puerta y aguardan las migajas de sus banquetes”.

Señores, que la universidad argentina cumpla con su destino trascendente y al hacerlo contribuya a convertir en realidad aquel deseo, siempre actual, del Abate Pierre cuando imploraba: “Señor, dadles pan a los que tienen hambre y hambre de justicia a los que tienen pan”.